

estaba discutiendo con ella —. No iba a entrar aún; sé que si entro tengo que pasar otra vez el espejo, meterme en nuestra sala, y, ¡adiós aventura!

Volvió la espalda resueltamente, y, una vez más, emprendió el camino por aquella senda, dispuesta a seguir adelante hasta dar con la odiosa loma. Durante unos minutos todo fué bien, y ya empezaba a decirse «esta vez no falla!...», cuando de pronto el camino dió un rápido giro, y tras de una sacudida, otra vez se encontró en la puerta de su casa y casi dentro de ella.

—¡Esto es ya demasiado!— exclamó furiosa —. ¡No vi la casa en todo el camino!

Sin embargo, allí estaba otra vez la colina, bien a la vista. No había otro remedio que intentarlo de nuevo. Esta vez fué por entre un macizo de flores bordeado de margaritas, en medio del cual se levantaba un hermoso sauce.

—¡Oh, lirio tigre! — dijo Alicia dirigiéndose a una de estas flores que balanceaba graciosamente la brisa —. ¡Cómo me *gustaría* que pudieses hablar!

—Podemos hablar— repuso el lirio—, cuando lo hacemos con alguien que merece nuestra conversación.

Alicia se sorprendió, y por unos minutos no pudo decir una palabra, casi ni respiraba. Al fin, y como el lirio tigre continuase su balanceo sin chistar, volvióle a dirigir la palabra con tímida y temblorosa voz:

—¿Y todas las flores pueden hablar?

—Lo mismo que tú, y algunas más fuerte que tú. Lo que pasa — dijo una rosa interviniendo — es que nuestras costumbres nos prohíben que hablemos las primeras, y me quedé maravillada cuando te oí. Me dije: «Su cara tiene alguna expresión, aunque no parece muy viva. Sin embargo, el color es el apropiado, y eso ya es una gran cosa».

—¡El color no tiene impor  
Si llevase los pétalos más re  
Alicia no experimentaba  
mos, en que la criticaran, y  
preguntas era su gran recu  
rrogar:

—¿No tenéis miedo de estar  
nadie os cuide?

—Tenemos el árbol en me  
Para qué sino para eso po

—¿Y qué puede hacer el á

—; Ladra!

—Dice «¡guá! ¡guá!» — ch  
eso se llama *gua*...recerse e

—¿No lo sabías?— dijo otra también, y todas empezaron con sus vocecitas penetrantes.

—¡Silencio!— exclamó el  
mente de un lado para otro  
que no puedo alcanzarlas!—  
do la temblorosa cabeza haci  
rio no se atreverían!

—No les hagas caso — dijo — hizo callar a las margaritas alboroto, diciéndoles —: ¡Si arranco a todas!

Hubo un momento de silencio. Las rosadas tornáronse blancas.

—¡Eso está muy bien!—  
ritas son de lo peor. Cuando u  
y son capaces de hacerlo man  
terarse de lo que dicen.

—¿Y cómo pueden hablar preguntó Alicia, que trataba